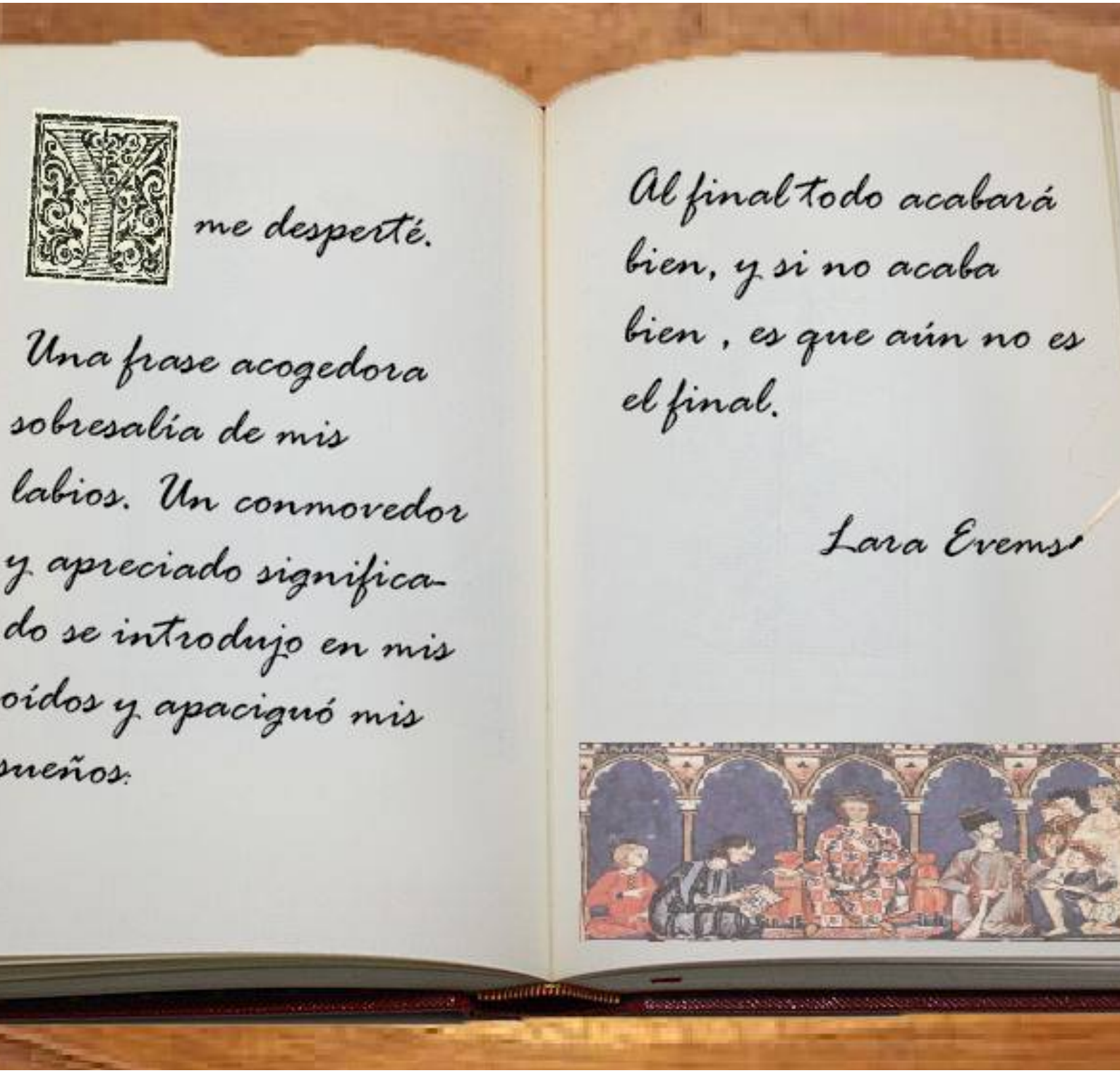
Un eterno viaje

Eva Lermas



Capítulo 1

Mi vieja amiga

Esperando su llegada se precipitó hacia la encimera para beber su último trago de whisky. Todo limpio, todo ordenado dejó su casa para que su adiós en ese lugar no fuera tan doloroso. Mirando el reloj recordó que no todo estaba listo; aún faltaba su vestimenta. Abrió el armario y mirando a su alrededor encontró en su interior un volcán de sentimientos que creía haber eliminado. ¡Estaba preparado! Claro que lo estaba. Entonces, ¿por qué volvió a sentir tales sensaciones? Soledad, anhelo, amor, ternura, recuerdos…

Intentando cerrar su corazón cuya apariencia parecía más bien una herida que nunca cicatriza, decidió ponerse en marcha para la hora final. Unos pantalones color beig y una camisa a cuadros blanca y negra le determinaban en aquellos momentos. Sí, sabía que había elegido los colores correctos. Tenía que irse de allí; sabía que eran sus últimos minutos en aquella casa. Y desesperado por la tardanza de aquella vieja amiga, decidió encender la radio de mano que siempre tenía en su mesita de noche.

Esa radio era especial. No físicamente, pero sí sentimentalmente. Con esa radio vivieron él y su mujer tantos momentos inolvidables… sus hijos nacieron y se criaron con ella. En la despedida de su querida Claudia también tuvo un momento imprescindible, tan reparador y dulce.

Ahora le tocaba a él… ahora esa radio iba a ser su compañera en aquel tránsito tan desesperante y a la vez tan deseoso. Encendiendo aquel aparato tan lentamente que creía parar el tiempo, comenzó a sonar una canción preciosa que llenaba de felicidad y tristeza al que lo escuchaba. Y deleitando sus oídos de aquella música absorbente cayó en un profundo sueño del que sabía que nunca iba a despertar.

Alguien llamó a la puerta lentamente. José, habiéndose quedado dormido, se despertó de un sobresalto yendo rápidamente hacia la parte principal de la casa. Y abriendo la puerta, la vio. Allí estaba; tan deslumbrante y oscura a la vez, tan cálida y fría, tan temerosa y deseada… Sí, había venido en su búsqueda. Y mirándola con aquellos ojos tan amistosos, como si de un familiar se tratara, le abrió sus brazos para sucumbir ante tal destino.

Aquella amiga, tan impasible como siempre, le concedió un último deseo antes de abandonar su casa. José no lo dudó: quería dejarle su querida radio a sus descendientes, para que, al igual que a él, le acompañara para

toda su vida.

Y volviendo la cabeza, echando un último vistazo a lo que había sido su vida hasta ahora, supo que ya estaba preparado. Todos esos sentimientos que habían salido a borbotones ya habían cesado.

Abrazándose a sí mismo, acompañó a la Muerte hacia su nuevo mundo, percatándose en aquel mismo instante que había sido un hombre feliz.

Capítulo 2

Ella

Ya tenía guardado el equipaje en el maletero. En realidad, tan sólo llevaba una mochila capaz de guardar todo lo imprescindible para este viaje. Entré en mi coche apresuradamente, sabiendo que podría ser el último día que viviera en esta casa. Pero no miré atrás; porque sabía que allá donde iba acabaría siendo mi lugar.

Tenía esperanza en ello. Debía intentarlo por lo menos. Cerrando los ojos con las manos puestas en el volante hice esfuerzos por no derrumbarme. Sabía que estaba haciendo lo correcto; y tenía poco tiempo.

Y observando mi casa, recordando los buenos momentos que viví en ella, inicié mi marcha. Mi viaje comenzaba.

No sabía exactamente dónde ir, ni cómo reaccionar. Solo sentía que una ilusión me atraía en la lejanía, que una voz me llamaba pidiéndome que acudiera. Así pues, decidí buscarla. Esa voz tan dulce, tan armoniosa me deleitaba… me cautivaba como si de una sirena se tratase. Me estaba esperando.

Absorta en mis pensamientos, el camino comenzó siendo apacible. Observé el paisaje tan hermoso que se presentaba a mi alrededor. Árboles y césped brotaban de los campos; flores de todos los tipos y colores florecían de las laderas. Rosas y amapolas delicadas sobresalían de las rocas, cuyas erosiones provocadas por las lluvias parecían perfectas esculturas. Era, verdaderamente, un lugar hermoso y placentero.

Decidí disfrutar de aquellas praderas en solitario. Necesitaba relajarme, ¿qué mejor lugar para conseguir seguridad y valentía? Debía de planear mi llegada. Necesitaba una ruta. Cogiendo un mapa, me tumbé entre aquellas flores que me observaban. Al cabo de un rato, una vez entrado en mi meditación, encontré mi ser interior. Había hallado la respuesta sobre mi vida; alcancé la paz interior que necesitaba para abordar la valentía que requeriría aquel momento.

Y conociendo mi camino, me puse en marcha.

Llevada por mi intuición, acabé entrando en el aeropuerto. Compré un billete cualquiera hacia un lugar desconocido. Sentía que, aunque no conociera mi futuro, todo saldría bien. Se apreciaba en mí una seguridad que nunca habría reconocido. Había cambiado.

Y dispuesta a alcanzar mi meta, a seguir mi camino, la vi. Allí estaba. La había encontrado. Esa voz que había despertado mi alma desde hacía

mucho tiempo. Esa luz que emanaba su persona. Esa alegría que iluminaba el alma de cualquier corazón con una pizca de tristeza. Era ella: la esperanza.

Porque no se necesita toda materia para existir, sino un poco de amor y esperanza.

Capítulo 3

Aún no es el final

No pude dormir.

Los sueños me atormentaban. Las sombras se encontraban presentes ante mí, matizando mi entorno en un tono grisáceo. Como un túnel caía una y otra vez en determinados lugares; en momentos precisos y erróneos, según mi pobre opinión.

No podía alcanzar tierra firme. Me hallaba, a todas horas, volando prematuramente sobre un cielo de recuerdos vertiginosos. Algunos positivos, aunque la mayoría oscurecían y nublaban mi mente.

No supe cuánto tiempo estuve vislumbrando mi horizonte; meditando sobre mi vida en aquellos momentos de vuelo. Los sueños y esperanzas me sacudían para, en algunos casos, recordarme que no me encontraba sola. Que todo podría cumplirse, que mi final aún estaba por llegar; y se vaticinaba verdaderamente hermoso.

Pero las pesadillas ocultaban parcialmente mi objetivo. Unas imágenes relucientes permanecían fijas ante mi persona, allá sobre el cielo. Impasibles y brillantes, como si de una estrella se tratase, me miraban aturdidas por el golpe de oscuridad que las envolvía. Mi vuelo fallecía, aún no podía alcanzar esa estrella que me pertenecía...

Y me desperté.

Una frase acogedora sobresalía de mis labios. Un conmovedor y apreciado significado se introdujo en mis oídos y apaciguó mis sueños:

Al final todo acabará bien, y si no acaba bien, es que aún no es el final.

Capítulo 4

Una vieja película

Solo noté un golpe. Ni siquiera supe donde me golpeó. Recordé a mi familia; Elena, mi mujer; Mario, mi hijo; a mis amigos, a todos mis allegados; pero, sobre todo, visualicé varios momentos de mi vida que fueron importantísimos para mí. Parecía encontrarme en una vieja película
.

-¡Este es nuestro último año en la universidad! ¡Celebrémoslo!

En mi último año de carrera fue donde te conocí. En aquella fiesta universitaria tan pésima, donde solo se percibían individuos ebrios y charcos amarillentos.

Antonio, mi mejor amigo, decidió que debíamos celebrar una despedida con nuestros compañeros. Convencido por todos sus argumentos, acepté irnos de fiesta. A cambio, como última broma, debíamos cumplir una apuesta. Quien tuviera menos relaciones esa noche, acabaría pagando las dos primeras rondas.

-¡Manos a la obra!

Una vez elegidas nuestras presas, nos pusimos en marcha.

-Hola guapa, me llamo Esteban. ¿Te apetece una copa?

Aquella mujer rubia con ojos almendrados se movía como si fuera un ángel. Recuerdo haberme quedado petrificado al posar su mano sobre mi hombro. Su cara parecía un cuadro precioso, posicionándose lentamente, dando movimiento a su cabello dorado.

-Hola Esteban, me llamo Elena. Acepto tu copa. ¿Vamos?

Inmediatamente mi realidad desapareció. En su lugar, comenzaba a verse a una mujer y un hombre trajeados. Una neblina oscura encuadraba tal imagen. Gritos y aplausos iniciaron un largo beso.

-Sí, quiero.

Estas dos palabras resonaron en mi mente dos veces. No veía quienes eran. Aún no era nítida mi nueva realidad, aunque intuía la situación.

-Esteban, puedes besar a la novia.

Intenté acercarme a ella, pero no conseguía moverme. Mis músculos parecían pesar demasiado. Con fuerza, intenté alcanzarla para abrazarla antes de llegar a culminar aquel beso.

-¡Elena!

No me oía. No me encontraba en su realidad. Lo último que vislumbré de aquel momento fue la ternura con que se besaban aquellas dos personas enamoradas.

-Estaré siempre contigo…

Rápidamente, sin entender mi situación, me encontraba en otro lugar. Olía a gel y alcohol. Risas y llantos de alegría predominaban en una habitación azulada. Reconocí ese momento. ¿Cómo no me iba a acordar?

-¡Es un niño…!

"Es un niño". Pronuncié estas mismas palabras al unísono con la ginecóloga. Elena y yo íbamos a tener un hijo. Vi como mi mujer lloraba de ilusión, recostada en una camilla blanca. Me dio la mano antes de volver a desaparecer…

-¡Empuja!

¿Dónde me encontraba? Otra vez esa olor peculiar a alcohol. Aprecié a una mujer recostada, toda sudorosa. Un hombre vestido de tela verde le daba la mano fuertemente.

-Un último esfuerzo, cariño. Estoy contigo.

Un pequeño llanto finalizó esas palabras tan familiares. Mi mujer sonreía exhausta.

-Mira Elena, nuestro hijo… Te quiero.

Todas aquellas imágenes fueron perfectas. Pero mi recorrido finalizó con la más difícil de todas.

-Papá te quería. No lo olvides nunca.

Un ataúd se encontraba ante mí. Mi foto se posaba horizontalmente sobre éste. Llantos de dolor se oían y sentían a mi alrededor. Elena abrazaba a mi hijo, pronunciándole palabras de confort.

-Estoy aquí, familia. Estoy aquí…

Mis padres, mis amigos, mi esposa y mi hijo se daban la mano delante de mi persona. Sin verme, aunque sintiéndome, todos ellos dijeron una promesa que yo siempre hacía en los momentos importantes:

-Estamos contigo, Esteban. Siempre lo estaremos.

Mi vida acabó con la pronunciación de dos palabras, expuestas por la persona más importante que había tenido hasta el nacimiento de mi hijo: mi mujer.

-Te quiero.

Mi realidad se oscurecía, no como en los momentos anteriores. Esta vez, la negra neblina no daría paso a recuerdos anteriores. Esta vez, yo mismo sería el protagonista de mi película.

Capítulo 5

En perfecta armonía

Observaba un paisaje conmovedor. Sentado en el asiento 26-v, podía apreciar hasta el último rasgo de aquel precioso valle. Sabía que tales vistas me producían sensaciones de paz y tranquilidad, pero no entendía por qué esas me daban un valor sobrecogedor.

Notaba como la valentía dominaba mi cuerpo. Aquel paisaje impresionante hizo que pudiera volver a encontrarme con unos pensamientos que creía haber ocultado.

Estaba huyendo de un lugar que me había permitido encontrar el amor; la alegría, la ilusión. Sin embargo, también pude vivir experiencias dificultosas, con las cuales abrí mis ojos, totalmente ciegos de pasión.

Desechando tales pensamientos que involucraban mi corazón, giré el rostro hacia mis tan adoradas vistas. El horizonte se encontraba repleto de verdor. Viviendas antiguas de piedra ofrecían un toque especial y natural al paisaje que me ofrecía aquella población. Entendía que las sensaciones que me ofrecía ese lugar podrían desaparecer casi totalmente de mi mente al marcharme. Pero debía hacerlo.

Pude percatarme de la cantidad de animales salvajes que rodeaban a las pobres moradas, techadas únicamente por paja y cañizo. La naturaleza era sobrecogedora; el reino animal compenetraba perfectamente con la flora, al igual que con la población. Podría identificarse una unión especial y abstracta entre los tres reinos existentes, de los que pensaba tomar ejemplo.

Yo quería sentirme de aquella misma manera. Necesitaba esa equilibrio; debía encontrar la calma que templara mis sentimientos y recuerdos. Puede, que incluso me conformara con un simple perdón. Ansiaba regresar al pasado, que nada hubiera ocurrido. Anhelaba mis vivencias pasadas en aquel lugar con aquella persona; creía encontrarme, en mis recuerdos, en una nube; en armonía, como el paisaje del que me estaba enamorando.

Al llegar a la estación mi corazón dio un vuelco. Estaba comprendiendo la soledad que sentía mi alma al abandonar la aldea. Aquel lugar no había sido mi población de origen, pero se había convertido en mi esencia vital. Quise contemplar por última vez el centro de mi corazón, abandonando, a

causa del engaño, una parte de mi vida.

Y en el momento antes de retornar a la ciudad, decidí no perder lo único que me quedaba. Regresaría a la aldea, entendiendo con ello que la volvería a ver a ella. Pero no me importó, no debía afligirme. No renunciaría a mis deseos.

Volvería y encontraría esa calma que necesitaba: Nadie iba a tomar mis decisiones.

Capítulo 6

Un sueño

Un sueño.

Me levanté a altas horas de la noche. Encendí un ordenador…
Miré e-mails, Messenger. No estabas.
Llorando te busqué por cualquier lado… No te encontré.
Volví a dormirme. Soñé…
Te tenía en mis brazos, te besaba, te amaba. Pero tú no me respondías.
Seguías estando de pie en aquel lugar tan oscuro…
Lágrimas caían sobre mis mejillas.
Gotas de las que siempre me acordaré.
Gotas de dolor, de tristeza…
Unas simples gotas que no tenían sentido, pero a la vez representaban demasiado.
Mirándote me volví y eché a correr. Tú siempre me perseguías. Fuese a donde fuese, tú estabas conmigo. Nunca podía dejarte atrás.

Corrí más deprisa… Me desperté.

Noté una punzada en el corazón.
Te amaba, te deseaba más de lo que hubieses pensado. Pero seguías sin venir.
Pensaba en ti, te recordaba…
Di vueltas sobre la cama, así reconciliaría el sueño. Volví a soñar…

Estabas en mi cama, yo encima. Nos quedábamos medio dormidos.
Tú me decías que me amabas, yo te respondía con besos y caricias.
Me desperté. Tú no estabas.
¡Te habías vuelto a ir! ¡¿Dónde estás?!
No me dejes… Quiero ser tuya para siempre…

Volví de fiesta. Me quité los tacones y fui al aseo. Allí me miré, como nunca lo había hecho. Vi en mí a una persona que nunca había conocido. A una persona que siempre desee no ser.
Me estaba haciendo mayor, y con ellos sus consecuencias: la responsabilidad.

Anoche soñé con él. En estos momentos no recordaba, o no quería

recordar.
Me acosté en la cama.
Miré el móvil, creí ver visto que vibraba y que sería él me quien me llamaba…
No había nada.
Volví a sentir miedo y desesperación. Volví a sentirme sola.
Desee no pensar… No lo conseguí. Por mi cabeza rondaban demasiadas cosas, frases dichas ese día, en ese lugar y momento concreto.
Silencio. Sólo silencio.
Así me sentía, vacía.
Él no estaba, se había ido.
Suerte tenía, sí.
Amigos… Había amigos imprescindibles. Ellos me ayudarían a no caer en este vacío, en este agujero oscuro.
Me aferré a esa idea.
Miré el móvil. Sin saber por qué di una llamada perdida.
Me respondió.
Lloré… No podía más.

Silencio.

Sólo se oían mis llantos.
Sólo se oía la brisa y las olas del mar…
Sólo se oía a la gente comer cerca de nosotros.
Sólo se oía a él hablándome… Lo siento, me decía. Algo, dime algo.
Sólo se oían sus palabras de olvido…

Todo me lo recuerda. Sus frases. Sus risas. Sus ideas
Todo.

Encendí la televisión, Vi una película. Intenté no pensar.
Sólo en amigos. Sus risas. Sus tonterías.
Olvidar. Sí, esa era la palabra. Olvidar…
Miro mi Messenger. No está.
Lloro…
Cojo el móvil y aprieto el botón rellamada.
No contesta…
Gotas de dolor, de angustia brotan por mi cara.
Esas gotas que conocía muy bien volvieron a mi…
Terminó la película. Fui a la cama.
No pienses… No pienses… Sólo notaba esas palabras en mi cabeza.
No lo conseguí.
¿Móvil? Oi un móvil. Era mío
¡Era él! Una llamada perdida.
No podía aguantar. Lloré…

Cansada, sólo sentía cansancio. Dormí…
Sueño…

Te vi. De pie. Qué sueño tan familiar.
Te besé. Te amé.
No respondías…
Corrí. Me seguías ¡OLVIDAR!
No lo conseguía
¡NO PENSAR!
Tampoco.
Paré de correr, me volví.
Miedo. Sentía miedo…
Planté cara a mi deseo.
¡VEN! Me decía.
Fui hacia él. No llegaba. Un camino eterno…
Le llamé. Me miraba, sonreía.
Sólo eso.

Silencio.

Sólo oía mis pasos.
Por favor… No me hagas esto… Se puso serio.
ADIOS me decía.
Lágrimas. Lágrimas. Lágrimas.
No tenía nada que decir.
El silencio era lo que me hacía fuerte.
Ni odio. Nada.
Sólo tristeza, añoranza.

Recuerdos… Notaba como caía a un pozo sin final. Oscuro. Vacío.
Así me sentía, como un ser etéreo. Sin vida, vacío. Oscuro…
Todo lo miraba desde una perspectiva lejana…

Capítulo 7

Microrrelato

Oscuro presentimiento

Arrojando el puñal con fuerza hacia un lugar alejado, vislumbró el acto tan horroroso que había realizado. Sintiendo la adrenalina correr por sus venas, decidió huir de aquel espantoso lugar. Aunque, una vez fuera de su visión, tuvo el oscuro presentimiento de que volvería a realizar tan cruel acto; que borraría toda huella de aquel recuerdo de su memoria con el fin de sentir, otra vez, esa sensación inquietante que tanto le había cautivado.

Capítulo 8

Como marionetas

Creía que no lo volvería a ver. Mi hijo…

Mi casa se encontraba alborotada. Abundantes objetos se hallaban esparcidos por el sinuoso suelo, rasgado a causa del forcejeo. Armarios abiertos, camas llorando desnudas, puertas heridas por golpes pasivos. Pero no había rastro de Esteban. Estaba allí, en cada rincón de esa casa, a la vez que oíamos sus risas chistosas. No podíamos verlo pero le sentíamos. Cada esfuerzo por encontrarlo, por cada intento de revivirlo, mi hijo se separaba más aún de nuestra compañía. ¿Cómo podía ser cierta tal paradoja?

Amigos y agentes de la seguridad rebuscaban en nuestro hogar como si no existiera vida. Frases dolorosas de ayuda se escuchaban de sus radios portátiles. ¿Cómo podía creer que mi hijo tuviera la etiqueta de "cuerpo sin vida"? Aún no habíamos localizado su cuerpo, vivo o muerto. ¿Por qué se habían cansado tan rápido de buscarlo con vida?

No debimos irnos. Nuestra obligación era protegerlo… ¿era nuestro destino esta tragedia? Solo estuvimos dos horas fuera de casa. ¡Dos horas! Pero nos lo arrebataron.

La policía nos aseguró que su objetivo era un robo. A causa del impedimento de nuestro hijo para que no entrara a casa, le llevó al ladrón a atacar. Algún arma blanca fue expuesta a la luz, con la que herirle. La sangre derramada por el suelo fue testigo del secuestro. Líquido carmesí brillante que se encontraba impasible, observando un mundo al que no le pertenece. Aquella sangre había vivido los peores momentos de nuestro hijo, al igual que retenía en su memoria el verdadero suceso de su desaparición.

Habían pasado tres semanas desde ese día. El objetivo de la policía era hallar cualquier rastro de Esteban. Las esperanzas habían tomado un rumbo declinante en nuestras vidas. Esperábamos una sola pista para que, al igual que en las atracciones, nuestras vidas retomaran un desvío vertiginoso.

No sabemos cuánto tiempo pudo transcurrir en aquella situación. No existían alegrías ni esperanzas; ni siquiera abundaba el temor y tristeza en nuestros corazones. Éramos cuerpos sin alma, marionetas sin vida arrastradas a una realidad que no nos pertenecía; personas guiadas por hilos infinitamente dolorosos que no eran capaces de filtrar un simple

reflejo de luz.

Los medios de comunicación fueron los testigos de nuestro dolor; la búsqueda incansable de un simple rasgo de claridad para aquel asunto… ¿Cuatro meses habían transcurrido? Mi mente no procesaba el tiempo en el que vivía.

Abrí la puerta de su habitación, creyendo, de esta manera, que mi hijo volvería a estar en su cama escuchando su música. El reflejo de su vida se mostró ante mis ojos ojerosos y cansados de repetir su imagen una y otra vez; de revivir su ilusión cada día desde su desaparición. Me volví hacia el pasillo, lugar donde habían ocurrido los hechos. Quise ocultarme en ese momento; cerré los ojos tan fuerte que creí desaparecer en el tiempo. Observar donde se encontraba mi hijo era lo único que me importaba. Recuerdos de su sangre; paredes dañadas por golpes de fuerza; huellas de su zapato… Aquellas imágenes surgían de lo más profundo de mi mente tan seguidamente que creía estar soñando.

Sabía que no podía hacerse nada más. Su búsqueda se hallaba pausada por falta de pruebas y pistas. Mi hijo había caído en el olvido… aunque no en el mío.

Volvería a acudir a la guardia civil aportando, sin temor, pruebas falsas. Y decidida a salir por la misma puerta que mi hijo cuando desapareció, recibí una llamada telefónica. La esperanza me llenó el alma: habían hallado nuevas pistas sobre su paradero.

No sabían su estado, pero era lo que necesitaban.

Su búsqueda continuaba.

Capítulo 9

Microrrelato

Segundas vivencias

No se mantenía en pie. No soportaba más el cansancio que le provocaba la huida. Pero debía seguir adelante. Un hombre la perseguía tenazmente con sus manos manchadas de sangre. Fluido carmesí que pertenecía al cuerpo de otra persona.

No podía llorar.

No tenía la capacidad corporal de realizar ningún gesto que no fuera correr. Escaparse. Sin embargo, aquel hombre siempre le encontraba. Se escondiera o corriera lo que pudiera, aquella cosa siempre estaría persiguiéndole: acompañándole como si fuera una sombra.

Sabía que huir no era la solución. Sus actos, al igual que su sombra, acabarían por rozar su alma. Sus asesinatos nunca podrían desaparecer; por más que se marchara, los recuerdos siempre le acompañarían.

Capítulo 10

Microrrelato

Segundas vivencias II

Sintiendo el placer de hundir el cuchillo en su víctima, el asesino se acercó a su persona. Sigilosamente, se aproximó hacia ésta con un trapo en la mano. Se lo colocó forzosamente en la boca, convirtiéndola en un futuro cuerpo sin movimiento.

Desnudándola, rozó su preciada piel morena. Pensó multitud de veces qué podría hacer con ese cuerpo hermoso, el cual le producía espasmos con solo mirarlo.

Estaba decidido, antes de asesinarla debería satisfacerse a sí mismo.

Cuando la miró por última vez, su cara palideció como la muerte: observó un cambio en el aspecto de su víctima. No era la mujer a la que había raptado; se contemplaba a sí mismo, su rostro, en un cuerpo sin vida. Cuerpo al había realizado todo tipo de atrocidades.

Capítulo 11

Ilusión de esperanza

Larry y Ben habían sido idénticos desde su nacimiento. No eran hermanos de sangre, aunque, ciertamente, se identificaban como ello. Uno moreno con piel oscura, otro rubio con una tez blanquecina, parecían dos personajes televisivos realizando travesuras. A pesar de su diferencia racial, estos dos jovenzuelos no entendían el por qué de la desigualdad étnica.

¡Se parecían en tantos rasgos intelectuales! Ambos eran estudiantes del colegio de la aldea. Siendo de los más inteligentes de la clase, Larry y Ben aportaban sus ideas y colaboraban con las actividades escolares. Podría decirse que eran almas gemelas.

Pero un día Ben descubrió una carta dirigida a sus padres. Optó por no leerla, puesto que no era para él. Pero la curiosidad tuvo un poder inmenso sobre sus actos; acabó abriendo aquel sobre pálido con el nombre de sus padres en bolígrafo azul.

Tienes 24 horas para pagar. En el caso contrario, tu hijo sufrirá las consecuencias.

El terror dominó la musculatura de nuestro joven Ben. No quería que sus padres sufriesen; no deseaba separarse de su mejor amigo Larry. Pero no tenía otra opción que huir.

Pudo reaccionar brevemente antes de su marcha, soltando aquella dichosa carta en la puerta de su casa. Tal escrito cayó sutilmente al suelo, abanicando el aire lenta y dolorosamente, como si de una pluma se tratase. Quedando, por tanto, abandonada en un lugar oculto de la entrada.

Sin perder el tiempo, Ben avisó a su querido amigo para poder despedirse antes de su marcha. Debería, por otra parte, escribir una carta a sus padres con la que explicar su causa.

Y una vez realizada su tarea, desapareció.

Todos buscaron al pequeño Ben. Muchos otros creyeron en su muerte antes de lo previsto. Larry, por su parte, siempre confió en la esperanza de volverlo a ver.

Aquella aldea lloró su pérdida; aunque su cuerpo nunca fue encontrado. No volvieron a ver su sonrisa perfecta, excepto Larry, quien distinguió su piel oscura y aquella alegría tan similar a la suya entre el colectivo de su

búsqueda.

Capítulo 12

El silencio de una amarga realidad

Queridos Mario y Ángela:

Hola. Me llamo Bea, una excompañera del instituto de vuestra hija. Me presento formalmente, pues no sé si Laura os habló de mí.

Me gustaría que me conocierais, que supierais un poco de mi vida y cómo conocí a vuestra hija. No pretendo que perdonéis lo ocurrido, pero, al menos, pretendo que no me juzguéis sin conocer la historia.

Yo soy y siempre he sido una joven sin amigos. Multitud de veces me han caracterizado de inusual; quizás tuvieran razón, lo reconozco, pues casi nunca salgo de fiesta como las jóvenes de mi edad. Me he negado a salir, incluso a pasear por mi ciudad con tal de situarme tranquilamente en mi casa, envolviéndome en mi soledad. Pero estaba tranquila; realmente me sentía segura, centrándome en mi música o estudios. ¿Es que necesitaba algo o a alguien más para ser feliz?

Un día, mis padres decidieron cambiar de vivienda, lo que provocó mi traslado a otro instituto. Nuevos vecinos, profesores, compañeros se presentaban ante mí… a pesar de estar familiarizada con la soledad, toda esta situación me supuso un mayor aislamiento. Debía comenzar desde el principio, cosa que no se me daba bien.

Por tanto, llegué al instituto como alumna nueva, sin conocer a nadie. Tampoco me sentía con fuerzas para presentarme; ahí estaba, sola y desamparada, mientras que los demás compañeros charlaban tranquilamente. ¿Estaría cambiando? Mi opinión sobre la soledad se había transformado; supuse que era hora de realizar amistades.

Finalizando el primer trimestre, vuestra hija vino a saludarme con esa sonrisa que tanto la caracterizaba. Me quedé perpleja, ya que nunca había enlazado palabra con ella. Le agradecí, sinceramente, su grata compañía. Y así es como creamos este gran lazo de amistad. Laura y yo nos parecíamos más de lo que creía. Ella era una adolescente risueña, al contrario de mi estado de ánimo, pero también le gustaba la soledad. Podría decirse que era especial, como yo. Sentí que podría ser la amiga

que tanto había estado esperando, ¿mi media naranja?

Pasaron los meses en el que me sentí una joven nueva. Había renacido. Mientras que mi humor aumentaba positivamente, el de Laura se transformaba en tristeza y suspiros. Le pregunté qué le ocurría; no comprendía por qué mi mejor amiga se hallaba en tal delirio, ¿qué era lo que no me habría contado? Un día de tantos, vuestra hija se atrevió a explicarme el suceso entre lágrimas y desconsuelo. Mi corazón cayó destrozado por tal visión; Laura necesitaba mi ayuda y apoyo.

-Bea, he recibido una carta aterradora. Me amenazan con golpearme y hacer daño a mi familia si pido ayuda. Me acusan de ser un "bicho raro". Tengo miedo… ¿Qué puedo hacer?

Mis labios se paralizaron del horror; mis palabras se hallaban paralizadas en el borde de mi boca, realizando un esfuerzo por emitir sonido. Pero por más esfuerzo que realizaba, ninguna frase consiguió salir. No sabía cómo ayudarla a menos que fuera a la policía, acto que rechazó al instante. Entre los sollozos de mi amiga, concluí que debía ayudarla, no separándome de ella. Quizás estando acompañada no se atrevieran a realizar su propósito. También le aconsejé que os lo mencionara, pero se negó rotundamente, creyendo que no la entenderíais.

Descubrimos que las personas que enviaron la carta habían sido unas compañeras de mayor edad, las cuales habían repetido varias veces de curso. Eran esa clase de jóvenes con las que es mejor no relacionarse. Tenían por costumbre abusar de los más pequeños, aunque nunca creímos que pudieran llegar tan lejos.

Al cabo del tiempo, cercano a las vacaciones de verano, las amenazas cesaron. Vuestra hija estaba contenta por ello; ya no tenía ese terror que la paralizaba al entrar a clase, o simplemente por salir de casa. Ese día decidió que ya era hora de pasear, que debía afrontar sus miedos. Con valentía, Laura tenía planeado venir a mi casa, dándome una sorpresa, para después salir a pasear. Pero la situación cambió; ella no contaba con que nuestras compañeras la seguían. ¿Cómo habíamos sido tan estúpidas? Debimos habernos percatado de ello, y haber avisado a la policía en su día.

Todo había sido una trampa. Éstas dejaron de enviar amenazas con el objetivo de mejorar la confianza de Laura; para hallarla en soledad, cumpliendo así sus palabras.

Pero vuestra hija se percató de ello demasiado tarde. En los pocos segundos que le quedaban, mi amiga me avisó por móvil pidiendo auxilio con terror.

Yo, sin pararme a pensar sobre lo ocurrido, me encaminé rápidamente hacia nuestro lugar de encuentro. Mientras me acercaba, observé una imagen que nunca se borrará de mi mente. Laura, mi mejor amiga, había sido atacada a traición. La vi tirada en el suelo, cuan larga era, envuelta en un charco de sangre. Habían sido apaleada brutalmente hasta sangrar por la nariz y la boca. Mi corazón dio un vuelco, parecía no responder a los latidos. Se hallaba paralizado al igual que Laura, encogida en la acera pidiendo compasión.

Ágilmente, como si la adrenalina recorriera mis venas, alcancé a la primera chica que se encontraba ante Laura, atizándole un buen golpe en la cara. Su gran cuerpo cayó verticalmente hacia la carretera a causa de la fuerza. Pero su compañera se percató de lo ocurrido, viniendo en mi búsqueda. Ahora el objetivo era yo; por suerte, a Laura la dejarían por olvidada. En aquel instante, el resto del grupo imitaró su acto. Mi visión se nubló del terror; no visualicé qué podría ocurrir hasta que noté un terrible dolor en el cuerpo. Me golpearon en el estómago hasta escupir sangre. Acto seguido, la joven a la que había derrumbado me arreó tal golpe en la cabeza que creí fallecer.

No me quedaban fuerzas para seguir luchando. Mi propósito había sido ayudar a Laura. En cambio, en mis planes no incluía ser golpeada hasta la muerte. Brevemente pude observar qué ocurría: una de las jóvenes le pasó un utensilio plateado y estrecho a la líder del grupo. Mirándola con cara suplicante, mi vida pareció recorrer en diapositivas.

Ya sabía cuál iba a ser mi futuro. El terror se apoderó de mí. ¿Estaba preparada para lo peor? Siempre había creído en que era fuerte, que la seguridad era mi máxima aliada hasta que conocí a Laura.

Tenía tantas cosas que realizar y tantos sueños que cumplir... Pero, en realidad, no me arrepentía de mi acto heroico, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. Ayudar a mi amiga era tan gratificante. ¿Cómo iba a abandonarla?

Cerré los ojos. No quería ver como aquella persona sin escrúpulos y sin sentimientos me clavaba una navaja en cualquier parte de mi cuerpo. Miré en dirección a Laura por última vez. Deseaba recordarla para siempre en el otro mundo, lugar donde estaba segura que iría. Pero ella no estaba en el suelo.

Todo fue tan rápido... En un abrir y cerrar de ojos, vuestra hija se interpuso entre la joven con la navaja y yo, salvándome la vida. Laura murió por una buena causa, la de salvar al prójimo. Un acto de locura le había permitido levantarse e intentar protegerme, sin comprender que podía acabar dañada en el intento.

Lo último que recuerdo en aquel momento fue nuestra intensa mirada, momentos antes de caer inerte al suelo. Una breve sonrisa apareció en su rostro, acompañada de una lágrima. Podía percibir una imagen en aquella gota transparente, un gran recuerdo de nuestra amistad: el día que nos conocimos. Observé la cara de Laura por última vez, sonriendo en un último esfuerzo y dándome las gracias por haberla conocido, por haberla hecho tan feliz en aquellos meses que habíamos estado juntas.

No podía soportar perderla. Y me desmayé.

Supongo que algún vecino nos encontraría allí tumbadas y llamaría a la policía o la ambulancia. Cuando desperté ya me hallaba en el hospital. Y Laura... No estaba conmigo.

Ángela y Mario, vuestra hija me proporcionó un mensaje para vosotros en caso de sucederle algo grave. Os quería demasiado y os daba las gracias por su educación, por haber tenido unos padres tan maravillosos como vosotros. Con esta carta os proporciono las últimas palabras de Laura...

En mi caso, acabé mudándome a Barcelona con mi familia. Este lugar solo me traería dolorosos recuerdos, aunque felices por haber conocido a vuestra hija.

Quería agradecerles el haber tenido una hija como Laura. Ella me cambió, me salvó no solo de la muerte, sino también de mi propio encarcelamiento interior. ¿Qué me hubiera ocurrido sin su amistad?

Os hago saber que fue mi mejor y única amiga. No la olvidaré.

Gracias por todo,

Bea.

Capítulo 13

Capítulo 14

Feliz mundo de fantasía

Allí sola, tirada en la cama. Marta se sentía inútil, inerte ante las reacciones del corazón. Meditaba sobre cuál habría sido su error. Un fallo que le afectaría toda su vida, persiguiéndola en la noche, como tigre que acecha a su presa tras su escondite. Así se hallaba ella, perseguida por la humillación, por el delirio. Su corazón, hecho trizas, intentaba propinar sus últimos coletazos con la intención de sobrevivir. Pero su enorme dolor conseguía ocultar las cosas buenas de la vida.

Con un libro en la mano, intentaba ausentarse de la realidad por un tiempo, introduciéndose en la historia de su obra. Tamara y el mundo mágico se titulaba; un género que a Marta le encantaba, pues los sentimientos fluían sin piedad, dotándolos de armonía junto a un mundo que era capaz de cautivarte, la fantasía.

A causa de la tristeza que reinaba en su interior, Marta comenzó con un dolor de cabeza intenso, por lo que decidió medicarse. ¿Uno, dos, tres…? ¿Qué más da? Al fin y al cabo se encontraba vacía por dentro. Acto seguido, prosiguió su lectura. La protagonista era una adolescente que habitaba en un reino mágico. Había podido cruzar a este mundo, introduciéndose desde su mundo real, traspasando una puerta oculta en el desván de su casa.

Marta devoraba este libro, pues creía ser ella misma la protagonista, disfrutando de esa naturaleza tan perfecta. Demasiado tiempo estuvo pidiendo que su mundo cambiara; su deseo finalmente se cumplió.

La joven se introdujo en el interior del libro. Y siendo parte de la historia, comenzó a realizar las mismas peripecias que Tamara como compañera de ésta. ¿Esto era lo que se llamaba felicidad? Tranquilidad, alegría y armonía con la naturaleza. ¿Qué más podía pedir?

Pero un reflejo de Marta se vislumbró en el infinito. Una capa de nubes se abrió en aquel cielo de fantasía, dejando paso a una imagen aterradora. La misma imagen de la joven, recostada en la cama con un libro sobre ella. Sus brazos transmitían dejadez, inertes partes de un cuerpo que antaño habían sido transmisoras de amor. Sus ojos se percibían sellados, descansando felizmente. A su lado, un bote de pastillas donde otras tantas se hallaban esparcidas por la mesita. Un último suspiro dio cabida a que sus ojos se entreabrieran. La joven, mirándose desde el mundo de fantasía, conectó con su mirada real, la cual le transmitió innumerables sensaciones, sumándose a éstas otras tantas que habían permanecido en su recuerdo esa noche. Después de tal pausa, la joven prosiguió su camino junto a Tamara, comprendiendo que aquélla sería la última vez

que se contemplaría a sí misma.

Los ojos de Marta concluyeron con cerrarse, quizás para no abrirlos nunca más.

Capítulo 15

Sociedad invisible

Como un espejismo me desvanecí ante las múltiples miradas de la sociedad. Escondida bajo un paraguas azul y diversas capas de ropa para protegerme del frío, caminaba por la acera esperando que algo sucediera. Se había convertido en mi rutina diaria, deseando que algunos de mis sueños se cumplieran; siendo uno de ellos el conocer a alguien especial. Pero durante todos estos años de mi vida en los que realizaba mi tradicional paseo por la calle Miguel Hernández, no había conocido a nadie, ni siquiera había ocurrido ningún suceso que pudiera considerarse "anormal" o "especial" por el que sonreír. Aun así, mi mente cavilaba durante horas, imaginando mil circunstancias en los que acaecer algo especial, en los que llorar, reír o gritar…

Pero aquellas extrañas personas que paseaban tranquilamente por la calle no me veían. No se percataban de mi existencia, por más esfuerzos que realizara para cambiar tal situación. Había sido, y seguía siendo, un ser invisible para todo mi alrededor. Y era aquello mismo lo que deseaba cambiar, ¿pero cómo? Mis mayores esfuerzos habían acabado en ruina y miseria, del mismo modo que mi corazón y mi alma se hallaban destrozados por los recuerdos del pasado. No creía tener la fuerza suficiente para poder transformar el presente, puesto que mi pasado se encontraba contaminado por la soledad. Pero un último aliento hacia la tan deseada metamorfosis me abrió paso hacia la esperanza, con una última oportunidad.

Cada caminata por la acera, cada día lluvioso o soleado, cada disimulo personal o anhelo hacia una sociedad que no parecía interesarse por la comunicación. Cada uno de estos días en los que esperaba un suceso que nunca ocurrirá, porque mi visión sobre el mundo era totalmente distinta al de los demás. Comprendí que no necesitaba a alguien o algo que me diera energía en esta vida, porque cada momento recordado en aquella calle Miguel Hernández había sido una inusual oportunidad de conocerme a mí misma, de avanzar a nivel personal.

No podría conseguir lo que la sociedad requería. Pero sería feliz a mi manera. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Simplemente era diferente.

Capítulo 16

Al anochecer

Asombrado te observé salir de allá donde no debías. Acompañada de unas viejas vestimentas te balanceabas sobre la pradera verdosa, tan plácida y armoniosa, vislumbrando el alrededor como si tu último día fuera. Y allí me percaté de tu sabiduría y belleza, con ese ropaje blanquecino que contrastaba con tu piel pálida. Una muñeca parecías, con el rostro de porcelana, donde la tristeza nunca podrá combatir a la alegría. Pero tu sonrisa desaparecía en cuanto la luz del sol amanecía por lo alto de la colina. ¿A dónde vas, hermosa mujer, con tanta prisa? Y en un instante desaparecías junto a tu hermosura, abandonándome a mi suerte, allá donde no debía.
Y pasaron las noches en los que recé tu regreso. En cada amanecer, tu rostro aparecía ante mi persona, ofreciéndome una sonrisa, dotándome de aquella alegría que tanto te caracterizaba. Pero mi vida se consumía ante tal desgracia, pues en cada rayo de luz solar tu cuerpo se ausentaba. ¿A dónde vas, hermosa mujer, con tanta prisa? El alrededor se marchitaba a cada paso que yo me adelantaba hacia ti. Pero tú allí te hallabas, pensativa ante la vida, con aquellos ropajes blanquecinos que tanto te caracterizaban. Observando una lápida junto a un pañuelo de marfil, unas lágrimas en tu rostro se desplomaban. Pero a tu lado me acerqué, ofreciéndote mil palabras, mil promesas que no sabría si cumplir. Porque tu sonrisa me deleitaba, y tu belleza me enamoraba. Y por cada anochecer tu persona asomaba de aquellas raíces tan hermosas, que te hacían desaparecer a cada amanecer. ¿A dónde vas, hermosa mujer, con tanta prisa? ¿Es que no comprendes que estoy enamorado, de tan fatídico estado? Pero aquella mujer tan bella no me escuchaba, solo sonreía ante la vida, observando mi osadía ante su persecución.
Y conseguí acostumbrarme a tal horario; dormir en los días y despertar al ocaso. Provoqué dejar mi trabajo a un lado. Pero no me importó, pues de ella estaba enamorado. Y desde mi cabaña la vigilaba todas las noches, desviándose de su camino solo para observar una lápida de antaño. Con su pañuelo de marfil lloraba a su familiar caído, rezando por su alma, para que no se alejara de su camino. Y con ella, toda la naturaleza florecía y un ambiente de calidez aparecía, el cual se escondía al amanecer. Sin embargo, yo me envalentoné, yendo a buscarla al lugar donde no debía, para preguntarle sobre sus visitas y si algo le sucedía. Pero aquella hermosa mujer no me escuchaba, solo sonreía ante la vida, observando mi osadía a preguntarle que le acaecía. Pero hermosa mujer, ¿es que no comprendes que estoy enamorado, de tan fatídico estado?
Y con el paso de los días, se hizo más fuerte mi valentía. Mis noches parecían días, y sabría que mi trabajo no hacía, pero no me importaba, pues de tal mujer enamorado estaba. Y una noche cualquiera me acerqué al lugar donde no debía y volví a preguntar a tal hermosura si algo le

sucedía. A mi asombro, aquella doncella me respondió a tal cuestión:
A un mundo muy lejano yo pertenezco, viniendo a visitar mi alma cada noche hasta el fin de los tiempos.

Y tras su aclaración me percaté, que en aquella lápida aparecía un nombre de mujer. Y como cada día hasta entonces, junto al anochecer, su sonrisa vi desaparecer. Con lágrimas en los ojos, allí la esperé hasta el próximo atardecer.

Capítulo 17

MI DEMONIO

Sentada en la barra del bar miré, expectante, al grupo de rock que tocaba en la tarima. Con unas copas de más, no sabía si mi visión se volvía borrosa por el alcohol o porque las lágrimas salían sin aviso de mis ojos color canela. Sin embargo, la humedad de mis mejillas afirmaban la segunda opción. Me pedí otro whisky, sin creer, todavía, que quién tenía a mi lado era el mismo hombre que hace veinte años. El mismo al que pegué un buen puñetazo en la cara cuando intentó tocar a mi madre. Ese mismo individuo que llegaba a casa todas las noches drogado y borracho hasta la médula.

Una parte de mí se alegraba de que no me reconociera. ¡Habían pasado veinte años desde entonces! Lo poco que supe de él después del incidente es que lo ingresaron en un centro de desintoxicación. Al cabo de los meses, una vez "espantado" el mono a la droga, lo ingresaron en prisión por homicidio.
Creo que nunca podré olvidar lo que sentí esa noche. Lo que vi con mis propios ojos y lo que ocurrió después. No podría perdonar lo que hizo...

Y mientras se paseaba todo el pasado por mi mente, mis manos comenzaron a sentirse nerviosas, tensas. Iba a volver a simular el mismo episodio de aquel día. Mi puño quería volver a sentir su mandíbula y que la sangre de su nariz salpicara, otra vez, la pared blanquecina. Debía calmarme, o ese hombre al que una vez llamé padre acabaría por reconocerme.

Acto seguido, oí una voz familiar mientras me tocaban el hombro. Era él, que me invitaba a una bebida bien fría mientras sonreía. ¿De verdad estaba intentado ligar conmigo? ¿Mi propio padre? Es verdad que habían pasado bastantes años y había madurado. Incluso cambiado físicamente, ni era tan joven ni guapa como antes. Ahora era una mujer de 37 años algo demacrada por las situaciones personales y los años no pasaban en balde. Pero mi padre... él no había cambiado. Quizás su cara había envejecido más de lo normal. Las arrugas también comenzaban a marcarse, y el deterioro de la vida nocturna se había apoderado de él. Aún así, su mirada seguía siendo la misma. Hasta el corte de pelo era el mismo de la última vez que se vieron.

"Este hombre no cambiará nunca"- Pensé, enfurecida. Sin embargo, lo

único que salió de mis labios fue una afirmación rotunda.

-Sí, claro. Acepto tu invitación.
Al parecer, mi interior quería saber más sobre él. Físicamente era el mismo, pero, ¿él, como persona, habría evolucionado, mejorado? Tenía que comprobarlo antes de salir por la puerta del bar.
Y allí estuvimos, varias horas hablando de música, de medicina, de deporte. La realidad me asombró, parecía un hombre nuevo. Un sensación de alivio y añoranza me inundó el pecho. No pude evitar las palabras que salían por mi boca.

-¿Y tu familia? Estarás casado supongo. ¿Tienes hijos?
¿Pero qué había hecho? Podría darse cuenta de inmediato si hacía más preguntas sobre su familia.

-Sí, lo estuve. Y mi hija... -Parecía acongojado. Sus ojos comenzaron a enrojecer.- Bueno... podemos resumir que ahora mismo no tengo familia. La cagué, mucho. Y perdí todo lo que tenía.
-Ah... Bueno, seguro que algo podrás hacer. Quizás no esté todo perdido.
-Mi cuerpo me decía que me acercara, que le abrazara. Que le dijera que allí estaba ella, perdonándole, y que comenzarían una nueva vida.
-¡Me arrepiento tanto...! Sobretodo por mi hija. Tengo una foto en la cartera, ¿quieres verla?

Asombrada, afirmé con la cabeza. ¿De verdad, después de tantos años, seguía teniendo una foto mía? No podía creerlo, pero allí estaba él, y parecía ciertamente arrepentido.
Sacó la cartera del bolsillo y, acto seguido, una foto en la que aparecía una familia. Una mujer morena, un hombre sonriente y una niña muy parecida a su madre.

-¿Est.. esta es tu familia?- Increíble, no podía creerlo.
-Sí, mi pareja Adriana. La conocí en un concierto de rock; y mi hija, Sanah.

Aquellas personas no eran mi madre y yo, ¡era otra familia! La densidad de mi ira aumentaba por décimas de segundo hasta tal punto que no pude (otra vez) evitar todas las palabras que bullían sin control.
-¡Te lo mereces! Eres un hipócrita, borracho y drogadicto. ¡Has vuelto a hacer lo mismo! Que se hayan ido, que te hayan abandonado es lo mejor que han podido hacer. ¡No aparezcas nunca más por sus vidas! Ofréceles

ese regalo si tanto las quieres.

-Pero... de qué demonios hablas...- Sus ojos se agrandaron de inmediato.

Sin darle opción a defenderse física o verbalmente, mi puño ya se situaba en su cara con la misma intensidad que la anterior.

-¿Esther...? -Tirado en el suelo con la cara enrojecida, no cabía en su asombro.
-¡Eh! ¡Fuera de aquí! Discusiones en la calle, no en mi bar. -El dueño venía en mi dirección.

Yo, decidiendo volver a pegarle o dejarlo estar, me hallaba temblorosa de rabia a su lado. Y me vinieron visiones de mi pasado. Y caí en la cuenta que si seguía con esta actitud sería como él. O me convertiría en él. Una persona bebida que era dominada por la rabia.
-Vete a un lugar donde no te encuentre. Es tu última oportunidad.- Le dije intentando entrar en calma. Lo miré seria y con agresividad.- No soy como tú. Me das asco.

Y me largué de aquel antro, con el mi padre tirado en el suelo ensangrentado. La copa de whisky seguía en la mesa a medio beber; y el grupo seguía tocando, ignorantes al acto cometido. El rock era lo único que me calmaba, pero también era un lazo que me unía a mi padre...